Lo que hasta hoy tiene de popular la Universidad es el aflujo masivo de la juventud, la presión del número que pide ingreso fácil y expeditivo a la institución cultural por excelencia. Claro que esta presión demográfica se ha convertido en una pesadilla para las autoridades, que saben perfectamente que no pueden acomodar a quienquiera que se presente en el Departamento de Asuntos Escolares con su diploma de estudios debidamente reconocido. Para colmo de la confusión, los profesores estiman que la Universidad debería quitarse la careta y que en vez de exhibirse como una agencia de servicio público, se presentara en su efectiva condición: una empresa comercial como cualquier otra.

La Universidad como empresa, quiere decir, entre otras cosas, que la relación entre autoridades y profesores sería exclusivamente de salario. En cuanto se estimara que el profesor es incompetente, se le negaría la celebración de un nuevo contrato, y, tras de la indemnización correspondiente, se le enviaría a otro sitio, o a la calle. Si la Universidad es una empresa, la idea de una libertad de cátedra resulta totalmente inoperante. Se contrata a alguien para que ejecute un trabajo determinado; si no se hace a satisfacción, se despide al asalariado. Aquí acaba todo el cuento. Pero la Universidad no es una empresa disimulada, está para servir al país, no sólo en el sentido de asegurar, planeadamente, el número de profesionistas solicitado por las empresas, sino en el sentido de procurar a sus asiduos –sobre todo a los estudiantes– una educación básica de nivel superior. No se trata, como alguien insinuó irónicamente, de crear un cuerpo de dos mil sicoanalistas para un sólo sicoanalizado; ni mil ingenieros para el constructor de una vivienda. La educación, y no la saturación del mercado de trabajo, es misión esencial de la Universidad.

Por desgracia, entre los jóvenes no hay nociones claras al respecto. Lo que les preocupa es ingresar a la Universidad, no salir de ella. Y tienen en cierto modo razón. Aunque en sí los años de estudios son de paso, en su paso dejan marcas duraderas, y esa marca duradera es la educación superior. Especializar desde el ingreso significaría acepta, ya sin remedio, que la Universidad tiene que funcionar como agencia infalible de ocupación, como proveedora inminente de trabajadores altamente remunerados. A este compromiso –si es que lo hay– no puede someterse la Universidad. Y no es que esté mal hecha y que funcione en el vacío sin tomar en cuenta las necesidades planificadas del país. Muchos ingenuos se representan la situación como si el Estado –por subsidiar a la institución–, estuviera obligado a pedirle cuentas pormenorizadas del presupuesto y de lo que hace en cuanto a procurar empleo a los cursantes de los diversos centros universitarios. Llegaríamos así a la viciosa idea de que la Universidad limitaría el número de sus egresados exclusivamente en función del mercado de trabajo y de que se concentraría a rellenar los huecos indispensables de la iniciativa privada y del sector público en cuanto a ocupaciones. Esta Universidad que trabajaría titulando a los “necesitados” y haciendo fracasar a los que no pudieran asegurar que encontrarán su lugar, es una imagen grotesca, empresarial, de lo que es y debe ser la Universidad.

La rebelión juvenil no puede hacer nada contra la Universidad porque no sabe para qué sirve la Universidad. Por un lado considera que se debe abrir hasta convertirse en auténticamente popular –o sea, por su composición de clase, no simplemente por su número–, por otro lado esa apertura no la considera en su verdadera condición, sino como tránsito hacia puestos exteriores altamente remunerados. En tal estado la rebelión juvenil parece estar colocada a espaldas de sus efectivos propósitos y dejar que la historia los vaya realizando sin que haya una activa intervención por su parte. De aquí el manifiesto pesimismo sobre el alcance de la rebelión juvenil.